



SANTO DOMINGO DE GUZMAN

“Cada Santo es un mensaje que el Espíritu Santo toma de la riqueza de Jesucristo y regala a su pueblo...La Santidad es el rostro más bello de la Iglesia” (Gaudete et Exsultate 21; 9)

¡Qué hermosos son sobre los montes, los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia la buena noticia, que pregona la justicia, que te trae la felicidad, que dice a Sion: ¡Tu Dios reina! (Is 52,7). Así fueron los pies, el corazón, la mente el alma y todo Santo Domingo para el pueblo de Dios, la mediación de esperanza y alegría dada por Dios a su momento histórico.

Domingo de Guzmán, nace en la provincia Burgos, en España el 8 de agosto de 1170. Forma parte de una familia de santos, donde desde pequeño es educado en los valores humanos y cristianos. Un joven aplicado a sus estudios por su buena capacidad intelectual se entrega a los mismos con dedicación y entusiasmo.

Más adelante se inicia en el estudio teología, donde el contacto directo con la Palabra de Dios, será de gran importancia para él, produciendo en él tal impresión que “comenzó a quedarse pasmado en contacto con la Sagrada Escritura”. Estudiaba con tal avidez y constancia que pasaba casi las noches sin dormir. Pero su amor a la Palabra de Dios no se quedó en el terreno de la especulación intelectual, sino que trataba de poner en práctica lo que escuchaba o estudiaba. Porque su memoria prodigiosa estaba habitada por esa Palabra de Dios, no le resultaba tan difícil pasar de la escucha a la práctica.

Se cuenta que en su etapa de estudiante se desencadenó en casi toda España una gran hambre. Entonces Domingo, “conmovido por la indigencia de los pobres y ardiendo en compasión hacia ellos, resolvió con un solo acto, obedecer los consejos del Señor, y reparar en cuanto podía la miseria de los pobres que morían de hambre”. Con este fin vendió los libros que tenía, aunque los necesitaba, y todas sus herramientas de estudio y distribuyó el dinero a los pobres, diciendo: “No quiero estudiar sobre pieles muertas, y que los hombres mueran de hambre”.

Con el tiempo se hace canónico regular donde logra unir estudio y la oración. Estudiaba y amaba y allí en, esa oración le dirigía a Dios una súplica especial: que le concediera la caridad verdadera y eficaz para cuidar con interés y velar por la salvación de los hombres. Y comienza a “pensar que sólo comenzaría a ser de verdad miembro de Cristo, cuando pusiera todo su empeño en desgastarse para ganar almas (1 Co 9,19), al modo como Jesús, Salvador de todos, se inmoló totalmente para nuestra salvación. Esta entrega a la oración se mantuvo a lo largo de toda su vida, de tal modo que en todos los lugares por donde pasó dejó el recuerdo de un hombre que no cesaba de orar por los otros.

Su aventura Profunda de vida espiritual, apostólica, misionera de predicación comienza en el Sur de Francia, donde en un viaje que hace, se encuentra con los movimientos pauperísticos heréticos que atacaba a la Iglesia con una doctrina distorsionada y fuera de la verdad de la Iglesia. Allí da inicio a predicar desde el evangelio y la verdad de la Iglesia. Y en esa realidad llega a la convicción de formarse y buscar ayuda para dicha tarea. Desde la experiencia concluye que había que predicar imitando a los Apóstoles, viajando a pie y mendigando el pan de puerta en puerta. Y se puso a predicar en esa región mendigando lo necesario para su sustento. Desde este momento Domingo ya no se llamó superior sino fray Domingo.

Durante los diez años de apostolado en el sur de Francia, Domingo fue reuniendo poco a poco a su alrededor un grupo de misioneros entre los que no existía ningún vínculo jurídico; estaban unidos a él libremente y podían marcharse cuando quisieran. Domingo iba experimentando un impulso cada vez más fuerte hacia la predicación. Llevaba muy metido en su corazón el deseo de la salvación de todos. Y para ponerlo en práctica arriesgó su vida, pues su actividad molestaba a los herejes. Estos hicieron lo posible para desacreditarlo, poniéndolo en ridículo y riéndose de él. También intentaron matarlo.

Al principio la Orden tenía carácter diocesano, pero Domingo quería abrirla al mundo, cosa que sólo era posible con la aprobación del papa. La ocasión se presentó cuando el obispo Fulco fue convocado para asistir en Roma al IV concilio de Letrán e invitó a Domingo a acompañarle. Juntos fueron a pedirle al papa Inocencio III que bendijera el proyecto. *La basílica de Letrán estaba a punto de desplomarse y caer, pero un hombre la sostenía sobre sus espaldas*

Los padres del concilio, asustados por la multiplicación abusiva de reglas religiosas, decretaron que no se aprobase ninguna Orden nueva. Ese decreto iba directamente en contra del proyecto de fray Domingo. En esos días se sitúa la leyenda que cuenta el sueño del papa Inocencio III en el que vio como la basílica de Letrán estaba a punto de desplomarse y caer, pero un hombre la sostenía sobre sus espaldas; era fray Domingo. Al despertarse lo mandó y le ordenó que fuera al encuentro de sus hermanos y que eligieran una regla antigua que fuera la más favorable a su instituto.

Este sueño, que ha sido recogido en los anales de la Orden de Predicadores, se cuenta también y en las mismas circunstancias de san Francisco de Asís. Dicho sueño permanece vivo todavía en la basílica del Vaticano donde las estatuas de san Francisco y santo Domingo son las más próximas a la cátedra de san Pedro. Entablaron una bonita amistad entre ambos santos, pues se admiraban mutuamente y se encuentran en 1215 en el cuarto Concilio de Letrán. Cuenta Celano que al despedirse piden rezar el uno por el otro y Francisco al retirarse Santo Domingo exclama: “a todos les aprovecharía seguir a un varón de tan perfecta santidad” (II Cel 148-150). “Los dos santos continuaron encontrándose y amándose, formaban un solo corazón y una sola alma” (Bartolomé de Trento, epílogo de la vida de Santo Domingo)

Cuando Domingo regresó a Roma el papa Inocencio III ya había muerto. Su sucesor, Honorio III, aprobó la Orden de los Frailes Predicadores en sus dos bulas del 22 de diciembre de 1216 y aprobó igualmente sus dos elementos esenciales: el estado canonical y la predicación. En el siglo XIII este objetivo de la predicación era toda una revolución. Hasta

entonces no existía una sociedad de predicadores estable y libre de toda limitación jurídica. Se trataba de una Orden que se ponía bajo la jurisdicción de la Santa Sede.

Esta novedad suscitó numerosas dificultades al principio. La idea de predicación universal provenía de Domingo, a quien entonces en el sur de Francia llamaban “el Maestro de la Predicación”. Otra de las innovaciones introducida por Domingo es el estudio como una obligación de la Regla, obligación necesaria y permanente.

Santo Domingo el Hombre del Espíritu

Es el hombre que hablaba a Dios y que hablaba de Dios. Dios es para Domingo, el Santo de la adoración, por eso pasaba horas alimentando su espiritualidad y predicación desde la contemplación del rostro de Dios en su encuentro personal. Dialogo que se alimenta en la oración coral litúrgica y las celebraciones. Vive su consagración sacerdotal como prolongación del sacerdocio de Cristo y de la experiencia contemplativa pasa a la entrega de la propia vida como lo hizo Cristo. Descubre en el evangelio la fuente de vida espiritual, fraterna y de su predicación.

Ahora bien, para hablarle a Dios y habla de Dios, es necesario dejar hablar de Dios. Porque solo escuchando a Dios podemos ser testigos de su voluntad y presencia. Tenemos que colocar condiciones y crear posibilidades para escucha a Dios, quien nos habla por muchísimas mediaciones. No se puede hablar a Dios y hablar de Dios, sino se le deja hablar, para anunciar su plan salvador expresado en su palabra, por eso se no llama a escucha, que aprendamos a escucharnos, para escuchar a Dios. Hoy el Papa Francisco, con el acontecimiento de la Sinodalidad nos invita a esto, a escucharnos, que todo bautizado tiene algo que decir a su Iglesia y tenemos que escucharnos.

Esta experiencia del encuentro con Dios, es lo que lo llevará a Santo Domingo a abrir nuevos caminos guiados por el Espíritu. De allí que su espiritualidad brota de una necesidad de llenarse de experiencias evangélicas, sencillez y pobreza, y sustituir la predicación formal y oficial que se realizaba por la que incluía un estilo de vida sencillo, pobre, y la verdad del evangelio bien orada y estudiada.

Espiritualidad vivida desde lo profundo: experiencia desde las raíces, no la que que se queda en imágenes o gestos, es decir: apariencias, sino que va a lo consistente y hondo de la verdad.

Espiritualidad de escucha y discernimiento, desde la búsqueda, el silencio, oración y estudio.

Espiritualidad alimentada por la Teología, como aproximación a lo que Dios quiere que sea la persona humana, Teología, pues, que ahonda en el ser de Dios según él se revela, pero para ver cómo bajo la mirada de Dios se ha de realizar su plan sobre sus hijos.

Espiritualidad de adoración, llegar a la contemplación del misterio del amor de Dios, como sentimiento primero de expresión de fe.

Espiritualidad Fraternal: vivir en un ambiente familiar, donde se agradece a Dios por el regalo de los hermanos, no hay espiritualidad dominicana sin verse ante el Otro.

Esas actitudes permiten la espiritualidad de verdadera predicación, que por una parte exige como hizo Santo Domingo estar donde es necesario proclamar la Palabra: hoy con los medios que constituye el mundo de las redes sociales, es necesario “estar” ahí; pero sin olvidar que no basta el estar, se ha de “ser”, es decir, impregnado por lo que enseña. Y predicación, educación, testimonio oral en los diversos ámbitos como enviado por la comunidad, eclesial, familiar, cristiana, social: no se predica uno a sí mismo, ni de sí mismo, sino desde la comunidad a la que pertenece y le constituye. La predicación de un fraile dominico se entiende “*en la dulzura de la comunidad buscar la verdad*” y luego desde la comunidad proclamarla.

Nos dice el Papa Francisco: “Cada Santo es una misión, es un proyecto del Padre, para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del evangelio”. (Gaudete et Exsultate 19). San Francisco decía: “yo solo quiero el evangelio de nuestro Señor Jesucristo y la regla y vida de los hermanos, es vivir el Santo Evangelio”. En su momento histórico, Fray, Santo Domingo de Guzmán, encarnó el evangelio de Jesús para convertirlo en Buena Nueva para sus contemporáneos. ¿Cómo desde nuestra vocación a la santidad, vivimos y encarnamos hoy el evangelio y lo transformamos en Buena Nueva para nuestro pueblo?

Fr. Ramón Morillo O.F.M.Cap.